



La novela del mallorquín

MARTA APONTE ALSINA⁹⁸

Encuentro un periódico abandonado. Es *el New York Review of Books*. La fecha no importa. Todo llega tarde, la ropa la comida, una cama, el tiempo mismo. Hace frío. El otoño apenas se despide en el nerviosismo de las ardillas. Recogen nueces y colillas. Pobrecitas. Para no darle ventajas al hambre trato de leer. Parece imposible leer en estas condiciones. Será que siempre hay un más allá de lo imposible. De modo que mientras espero mi turno o el fin del mundo, lo primero que pase, estiro las páginas del periódico y me enfrento a lo que menos hubiera esperado, si todavía hubiera en mí alguna inclinación a la espera. Es la reseña de una novela de autor mallorquín recién traducido al inglés. Por lo visto la editorial, una casa de renombre, confió en la calidad del autor o en la pertinencia de los mallorquines.

Leo, releo. Alcanzo a entender que la novela del mallorquín consta de varias tramas. Unas historias se comunican con otras como los afluentes que alimentan los ríos sin darse prisa por llegar al mar. Excesos estilísticos opina el crítico, y ridiculiza párrafos que a mí no me disgustan, acaso porque las palabras son dulces y además justo cuando creo entender alguna palabra alguien me ofrece una taza de café aguado que sabe a gloria. La novela cuya reseña tengo ante mí transcurre en el siglo 19. Casi con gusto leo uno de los párrafos citados por el crítico. Joan baja al mercado por las calles empedradas de Sóller cargando una canasta de cruces de ruda tejidas por su madre. Tiene la encomienda de entregárselas a una mujer que a cambio le dará una garrafa de leche de cabra para el hermanito menor, aquejado de un mal misterioso. El tufo a mejunjes y sangre

⁹⁸ Marta Aponte Alsina ha publicado cinco novelas y dos libros de cuentos. En 1994 se editó su primera novela: *Angélica furiosa*. Siguió *El cuarto rey mago* (finalista del Premio de Novela Sor Juana Inés de la Cruz en 1997) y *Vampiresas* (2004). Su libro *La casa de la loca y otros relatos* fue publicado por Alfaguara en 2001. En 2005 publicó su segunda colección de relatos: *Fúgate*. En 2007 la Editorial Veintisiete Letras publicó su novela *Sexto sueño*, que obtuvo el Premio Nacional de Novela del Pen Club. La novela *El fantasma de las cosas* es su séptimo libro de narrativa. Muestras de su trabajo se han incluido en la antología de narradoras latinoamericanas *Esas malditas mujeres*, editada por la escritora argentina Angélica Gorodischer; en *Los nuevos caníbales, antología de narradores del Caribe hispano* y en *Literatura puertorriqueña del siglo XX*. Contacto: aponte@caribe.net.



en una casa de mujer recién parida es más intenso que los olores del mercado, así que no llama su atención el hedor a podredumbre de los vegetales. Sí le impresionan los colores y las voces. Los puestos amontonados bajo toldos verdes, rojos y blancos componen un laberinto espeso.

Preguntando a los campesinos huraños da con la vieja. Es una bruja que trafica en cruces de ruda. Él es un niño revejido, pero se le antoja, a pesar de su dureza, liberar una sonrisa. La Cabrera lo mira con desprecio. Le llena la garrafa hasta la mitad. Le da la espalda. Joanot, le escupe la sombra y se aleja abochornado. Al voltear por el callejón que lo llevará de vuelta a su casa se acucilla bajo un alero. Se bebe la leche. Lame los bordes de la garrafa. Sabrosa. Después se asoma a una ventana abierta: una sala vacía y, más allá de una puerta velada por una cortina que se mece en la brisa, la frescura de un patio interior. Junto a la ventana hay una mesa cubierta por un tapetito blanco; sobre el tapetito una jarra de cristal llena de agua. Agarra la jarra, se bebe el agua y escapa corriendo.

En el mercado le ofrecen una moneda cobriza a cambio de la jarra. Con ella compra un pasaje en uno de los veleros que en tiempos afortunados transportaban la fruta de los huertos de Sóller a puertos lejanos y que en el tiempo del relato hacían el viaje entre Sóller y la capital. Horas más tarde el muchacho recorre las calles de Palma por primera vez. Como en un sueño se acerca a un barco. Sin pensarlo mucho se embarca. Paga con la carne propia al custodio de la bodega, donde pasa semanas escondido. Está acostumbrado al hambre, sabe que se puede vivir así. Además conserva una de las cruces de ruda, un talismán contra el mal de ojo.

Una mañana ve la isla. Bruma turquesa, montañas negras. En lugar de seguir a La Habana decide desembarcar en Puerto Rico. Se encumbra hacia la cordillera central por unos caminos de mulas en la sierra enmarañada. Joanot, le gritan las voces interiores, pero él no responde. Tampoco duerme, trabaja con frenesí en las más rudas faenas, talando montes a golpes de pico y azada, cargando mulas con sacos de carbón y café, resistiendo fiebres en soledad y arrogancia, despreciando el lenguaje de los insectos y el color de las flores, enajenado de los olores que exhuma cuando hunde las manos en la tierra. Sobrevive a huracanes, a epidemias de cólera y de viruela. A solas, en su lengua, maldice el calor. Penetra con furia a las muchachas que encuentra en la recogida del café.



Derrama su semilla en la tierra para no preñarlas. Sólo concibe un desenlace: la salida de la isla de los jíbaros escuálidos. El retorno a Sóller. Todo lo justifica Sóller, todo lo merece la familia lejana, con quienes se comunica escribiendo unas cartas desbordantes, sin puntos ni comas, y de quienes recibía noticias en las cartas de la hermana menor, esas sí medidas con corrección.

La niña, que leía con dificultad la mala letra del hermano y no entendía bien sus angustias, pues era hija de los buenos tiempos y había aprendido a escribir en un convento de monjas, era la sobreviviente de cinco de sus siete hermanos, entre ellos don Jaume, el niño de la leche robada, que, en efecto, ya no formaba parte del mundo de los vivos. Ella desconocía la causa de la muerte, pero le comunica a Joanot que la santa madre de ambos había vivido largos años por la gracia de Dios y que la primera remesa de dinero de Joanot le sirvió para pagar una misa por la paz del alma de don Jaume.

Así termina el resumen que hace el comentarista del *New York Review*. Me gustaría leer la conclusión de la novela, por aquello de no darle ventajas al hambre, aunque sea una novela mala, pero no puedo comprarla, de modo que invento el resto de la historia de Joan a pesar de los comentarios confusos del crítico. Qué gracia. El café me ha hecho llorar de alegría, la partida de ajedrez se prolonga y el fin del mundo no figura en los planes de las ardillas. Me basta que el hambre se recoja como los moribundos que interrumpen su agonía para dormir con abandono.

Me basta esa tregua y una palabra. Joan tenía una palabra. Como no me sé su palabra, le presto la mía. Por mi palabra se va Joan a Sóller, a casarse con una paisana. Seguramente volvió con ella a Puerto Rico, donde siguió acumulando el tiempo necesario para salir enriquecido del país. Sin tocar un libro educó su inteligencia en el principio cardinal del colonialismo: la explotación del hombre por el hombre. Empezó a acaparar tierras y negocios, chiringuitos donde vendía productos peninsulares. Los criollos, descendientes de negros, de canarios y andaluces que se habían establecido en la isla siglos atrás, eran para él bestias anémicas. Idolatraban el oropel, el alcohol, las escasas evasiones de la pobreza. Los pequeños propietarios se endeudaban gracias al crédito fácil que les suplía el mallorquín. De antiguos terratenientes pasaban a ser sus peones. Alguno perdió su finca por no poder pagarle los quince pesos de un bocado de hierro platinado que había comprado para adornar una jaquita cubierta de lamparones. Otras tierras



se hipotecaban a cambio de cacerolas de hierro estañadas o de un par de botas que no podían calzar los pies deformes y que aún cuando pudieran ponérselos se deshacían al primer contacto con los caminos enfangados. La narración de detalles como esos debe haber ocupado una parte de las mil páginas de la novela.

Con el tiempo don Joan fundó una compañía de exportación de café. Cultivaba café y chinás, el nombre local de sus añoradas taronges. Cuando bajaba a la costa avizoraba el Caribe por el lente deseado del Mediterráneo. Vivía en una isla dentro de otra isla, idiotizado en la infelicidad del deseo insatisfecho. Solamente una vez fue feliz, pero ese día no tiene por qué contarse. Si yo fuera un novelista mallorquín no lo hubiera contado.

Cuando los yanquis invaden Puerto Rico y los antiguos peones se entregan a la quema de las casas de los españoles, Joanot regresa a Mallorca. Avaro y amargado, sus luces son pocas. Más ciego que esa ardilla ciega. Le falta un ojo, sería una pedrada.

En Sóller quedó viudo sin que su mujer le hubiera dado hijos. En Sóller fue envejeciendo sin que sus sobrinos se atrevieran a abrazarlo.

En la tarde de un domingo la hermana letrada del viejo invitó a los primos a un almuerzo dominical. Pusieron una mesa junto a un patio semejante al que Joanot había visto sesenta años atrás, el domingo de su huida de Sóller. Una sobrinita flaca tocaba al piano una sonata de Dvorak. Otro sobrino se acercó al indiano. Lo hizo con cautela. Aquella figura morena, de dedos callosos y agrietados, olía a leña, como el otro abuelo, pero de madera quemada de otros árboles. El sobrino oyó que murmuraba, Marueña, Marueña. Nombre de mujer o de mariposa, pensó. El viejo despertó ante la mirada azorada de su pariente.

Al otro día lo vieron empacando, pero no le prestaron más importancia que la debida a un maniático voluntarioso. Caminó hasta la estación del ferrocarril. En el tren, que bajaba lentamente entre naranjales y olivares, musitaba. Al llegar a Palma se orientó rumbo al mar de turistas desnudas, veleros, olor negro a frituras. Parecía un fantasma olvidadizo. Lo rodearon los curiosos. Marueña, dijo una vez, una sola. Mirueña, debe ser de Mirueña, dijo un guardia. El viejo se subió el cuello de la chaqueta y se puso a temblar. Entonces se vació el pueblo, dijo otro. Este debe ser el último.



Su sobrino lo recogió en la comisaría. ¿Quién es Marueña? No sé, un disparate del viejo, dijo el muchacho, que era taciturno. Los parientes no habían errado en su opinión de que el viejo sería fácil de rescatar, pero tampoco pensaban que llegaría tan lejos. Convencieron al médico de la necesidad de encerrarlo.

Don Joan ya no era el hombre vigoroso que hablaba poco y escupía con fuerza. El médico le prohibió el café y el mar. La hermana lo encerró en la casa pueblerina con patio interior. El viejo desahogaba sus rabias, golpeando las baldosas y los tiestos con un bastón. A veces tenían que amarrarlo. Marueña fue su última palabra, la que cruzó el Atlántico, se disolvió en el oído de los suyos, luego en un espejo y finalmente en un estanque de agua fría. Ahí se esconde, en el pozo, al fondo de una sala, entre las sombras de un patio interior.

Hasta hoy. Así son las palabras. Marueña se instala en un banco de Washington Square y da saltos con las ardillas. Es una nuez. Siento que la atmósfera se oscurece como en un eclipse sobre un pozo. La mano negra brilla. En una falange tiene un anillo con la cabeza emplumada de un indio apache. En las uñas, mugre. La mano negra rinde su rey. Ahora me toca a mí. Me siento a la mesa. La reina negra está gastada por los bordes. Otro vagabundo abre el periódico abandonado, pero lo deja caer. No le interesan las reseñas de libros.

Ya no huelo mi propio olor. Huelo como los demás, a casa de mujer recién parida, a leña mojada. Viví solo un tiempo, hasta que me descubrieron en el sótano y botaron mis cosas a la calle. Estuve a punto de congelarme. Entonces los encontré. Nos encontramos. Nos agrupamos. Vivimos en el parque. Somos uno. Nos borramos con dignidad.

Mi rival gana rápidamente la partida. Es el más listo. Cedo mi espacio. Respiro inquieto, soy un perro débil al amparo de la manada.

Yo atesoraba lo que otros abandonaban. Como las ardillas que furiosamente recogen provisiones y basuritas para enfrentarse al invierno, tenía libros encuadernados, botellas translúcidas, máquinas muertas. Ahora no tengo nada, bueno, sí algo conservo. Una palabra. Quizás dos y algo más. La riqueza de no desear el calor de la isla. La luz de la isla donde nací tampoco me hace falta. Siempre he vivido en islas. Todas son crueles.